

INFORMACIONES

La modulación cinematográfica de nuestros imaginarios morales y políticos (Ideas de cine y cine con ideas* en la 64ª Edición del Zinemaldia)

The cinematographic modulation
of moral and political imagineries

ROBERTO R. ARAMAYO

Instituto de Filosofía del CSIC

No resulta implausible que movimientos cinematográficos tales como el expresionismo alemán, el neorrealismo italiano, la *nouvelle vague* francesa, el *free cinema* inglés o *Dogma 65*, al igual que cineastas como Bardem, Berlanga, Buñuel, Billy Wilder, Alfred Hitchcock o Stanley Kubrick hayan contribuido a configurar nuestra cosmovisión moral y política, tal como desde otro flanco lo han hecho el empirismo, el racionalismo, la Ilustración o el giro lingüístico, Maquiavelo, Hume, Diderot, Rousseau, Kant, Nietzsche, Ortega o Wittgenstein. Impulsada por esa hipótesis, este año se ha celebrado la tercera edición del ciclo de conferencias *Ideas de cine y cine con Ideas*, que tiene lugar en el Museo de San Telmo en las vísperas del Zinemaldia y es fruto de una colaboración del MST con el Instituto de Filosofía del CSIC, Gobernanza y la Universidad del País Vasco, cuyos coordinadores son Roberto R. Aramayo, María Luisa Balenciaga, Txetxu Asusín y Antonio Casado. En lo tocante al gremio filosófico ya han participado Victoria Camps, Manuel Cruz, Javier Echeverría, Concha Roldán, Julián Sauquillo y Amelia Valcárcel.

Este año el marco de la capitalidad europea donostiarra aconsejó dedicar una de las sesiones a *El rapto de Europa*, sirviéndonos de la mitología griega para visualizar una realidad actual. El proyecto político de Europa se ve lastrado, cuando no secuestrado, por la inexorable primacía de unos intereses financieros que poco interesan a los ciudadanos europeos, cuando en realidad, si algo puede cimentar el proyecto político de una verdadera Unión europea, es el en-

* http://www.santelmomuseoa.eus/index.php?option=com_flexicontent&view=items&cid=38&id=8743&Itemid=203&lang=es

tramado de su cultura común, tan rica y variada como su específico carácter multilingüe, y en esa urdimbre cultural europea tanto la filosofía como el cine estarían llamados a jugar un papel estelar. En este sentido, cabe recordar la existencia del canal televisivo franco-alemán ARTE, que emite en dos idiomas simultáneamente una magnífica selección de películas, documentales y series. Ojalá otros países europeos se sumaran o imitarán esa iniciativa.

Resulta curioso recordar que en 1911 se fundaron simultáneamente los estudios cinematográficos de Babelsberg, en los alrededores de Berlín, y Hollywood, en Los Ángeles. En la fábrica de sueños alemana se rodaron películas devenidas míticas como *Nosferatu* (1922) de Murnau, *Metrópolis* de Fritz Lang o *El ángel azul* (1930) de Josef Sternberg. Y entre la legión de cineastas europeos que se exilarían huyendo de los totalitarismos europeos hay nombres tan destacados como el de Billy Wilder, a quien debemos películas como *Un, dos, tres* (1961), filmada justo antes de la construcción del muro de Berlín, o *Irma la dulce* (1963), describiendo con su impagable humor los bajos fondos de París. Por otro lado, en los estudios italianos de Cinecittà –inaugurados en 1936 por Mussolini– se llegarían a rodar cintas como *Roma, ciudad abierta* (1945) y *Alemania, año cero* (1947), de Roberto Rossellini; *El ladrón de bicicletas* (1948) de Vittorio De Sica; *La dolce vita* (1960) de Federico Fellini; *El gatopardo* (1960) y *Muerte en Venecia* (1971) de Luchino Visconti. Todas ellas, entre muchísimas otras, fueron modelando nuestra idea de Europa y ahora son un testimonio de sus avatares políticos, tal como los clásicos del pensamiento lo son de nuestras perspectivas morales, pudiendo servir en ambos casos para modular nuestros imaginarios colectivos en el ámbito político-moral. Reflejos de una determinada Europa serían películas tan diferentes como *Olympia* (1936) de Leni Riefenstahl, la trilogía de Krzysztof Kieslowski, *Tres colores: Azul, Blanco y Rojo* (1993/1994), cuyo título rinde homenaje al los ideales de la Revolución francesa y en cuya primera entrega comparece el himno europeo, al igual que lo son *El pianista* (2002) de Román Polanski o la reciente *Muerte en Sarajevo* (2016), de Danis Tanovic, que participó en la 66ª edición de la Berlinale.

La exposición del Museo San Telmo sobre *Tratados de paz* inspiró una mesa titulada *Firmar la paz, filmar la guerra*, tal como el año pasado la exposición sobre *Pasolini* estuvo presente en la sesión que dedicamos a *Cine y Disenso* –donde se dialogó mucho con Javier Muguerza¹ y su imperativo de la disidencia–, y el primer año la exposición sobre la copia íntegra de *Metrópolis*

¹ La revista *Isegoría* ha propiciado un volumen de homenaje a su fundador y primer Director con ocasión de su 80 aniversario, cuyo título es *Diálogos con Javier Muguerza: Paisajes para una exposición virtual*.

<http://editorial.csic.es/publicaciones/libros/12732/0/dialogos-con-javier-muguerza-paisajes-para-una-exp.html>

localizada en Argentina acompañó nuestra mesa sobre *Cine y Sociedad*. También se dedicó una mesa a *La música y el cine*, a ese lenguaje que Schopenhauer describió como el más universal por expresar mejor que ningún otro nuestras emociones, como prueba el hecho de que, antes de haber cine sonoro, el cine mudo se hiciera acompañar de interpretaciones musicales y, sin ir más lejos, en la última edición de la Berlinale la orquesta filarmónica de Berlín interpretara en directo una composición hecha especialmente para el estreno mundial de una película recién restaurada de Fritz Lang.

De entre las películas proyectadas en la 64. edición del Zinemaldia donostiarra podría destacarse *Un monstruo viene a verme*. Bajo la aparente forma de un cuento tradicional, Juan Antonio Bayona nos brinda una película que nos hace pensar en muchas cosas a través de un amplio repertorio emocional. El hilo conductor de su relato es nuestra vida onírica y nos hace ver cómo nuestras ensañaciones pueden ayudarnos a conocernos mejor al bucear en nuestro inconsciente y confrontarnos con nuestros más profundos dilemas morales... Los relatos que le narró su madre en su más tierna infancia conectan simbólicamente al protagonista de la película con su difunto abuelo, siendo así que el actor que pone voz al “monstruo” presta igualmente su rostro al abuelo en las fotografías que se ven fugazmente. Es cine en estado puro. *Daniel Blake*, la nueva película del octogenario Ken Loach, galardonada con la palma de oro en Cannes y con el premio del público en San Sebastián, constituye una nueva entrega de sus denuncias sociales, tan reconfortantes e imprescindibles en estos tiempos de conformismo y abatimiento por la preocupante crisis política que nos asola. En esta línea se inscribirían otras cintas como *La fille de Brest*, donde se narra el caso real de una médico que se enfrentó a las todopoderosas industrias farmacéuticas en defensa de sus pacientes, o *Snowden*, de Oliver Stone, otro caso real que nos hace ver que la profecía orwelliana de *1984* sigue reapareciendo donde menos hubiese cabido esperar. *El hombre de las mil caras* también se basa en una realidad que por desgracia se nos ha hecho muy familiar: los problemas generados por una corrupción política generalizada. También se proyectó la instructiva *Política, manual de instrucciones*; una interesante mirada desde las bambalinas de un partido político que aspiró a recoger el descontento del 15M.